

INTERCAMBIO

Llovía a mares. Cada pocos segundos el fregonazo de un relámpago iluminaba la cara cansada de Carles que conducía seguro, sin quitar los ojos de las calles que la lluvia había vuelto silenciosas y relucientes. Volvíamos a casa después de cenar con los demás músicos del grupo. En la sobremesa habíamos estado viendo fotos de algunas de sus actuaciones, mientras entre todos iban hilvanando la hebra de sus recuerdos. El entusiasmo de Carles con su música me aburre un poco, pero también me llena de ternura. Me recuerda al entusiasmo que yo siento por casi todo, y especialmente por él, casi sin tener que hacer ningún esfuerzo. Ese mismo entusiasmo que en medio de la excitación eléctrica de la tormenta me hacía verle como el hombre más deseable de la tierra. Me dejé aturdir un rato por mis propias sensaciones y pensé en pedirle que parara el coche y que me besara. Seguramente fue su cara fatigada mezclada con el miedo a que no terminara de entenderme lo que hizo que me reprimiera, a pesar de que con cada calle que cruzábamos sentía como me iba creciendo en el estómago la flor azul y misteriosa del deseo.

Cuando llegamos a casa nos pusimos a hablar de los planes para el día siguiente y de las vacaciones que íbamos a empezar dos días después, y se pasó el encanto del momento. Carles se fue al cuarto de baño y cuando quise darme cuenta ya estaba arrebujado en su lado de la cama. Afuera seguía el aguacero. Abrí la ventana y el cuarto se llenó de olor a mar traído por el viento. Los goterones de lluvia rebotaban con fuerza en el alféizar y salpicaban en la cama. Ada estaba asustada por el estruendo de los truenos y saltó a mis brazos para que la protegiera. La oscuridad, la lluvia y el ronroneo de la gata me fueron tranquilizando poco a poco. Ya había cerrado los ojos y me había resignado a que la llama del deseo se terminara de apagar, cuando sentí que unos brazos detrás de mi me buscaban y me rodeaban con una suavidad intensa. Después sentí un aliento cálido en el cuello y unos besos dulces y rasposos. El abrazo por detrás se fue haciendo cada vez más envolvente. Dejé que la gata se marchara y seguí con los ojos cerrados, dejándome llevar por las caricias que poco a poco me iban contagiando de la intensidad añil de la tormenta. Estaba perdida en una playa desierta. Los truenos se mezclaban con el batir agitado de las olas y no podía luchar contra la resaca cada vez más apremiante del deseo a punto de transformarse en el latigazo de la primera oleada del orgasmo. Nunca había sentido a Carles tan dentro de mi, ni tan cerca. No tengo ni idea de cuánto duró esa sensación ni de cuál fue su desenlace porque confundo los sueños con los recuerdos. Por la mañana me levanté con la cara enrojecida y Carles me miró como si estuviera rematadamente loca cuando le dije que no me había dado cuenta de que hubiera bebido bourbon después de la cena.

Madrid, 8 de agosto de 1996
Javier Díaz-Giménez